

PRESENTACIÓN

Tras una caótica legislatura, las circunstancias, la ineptitud y el azar han dado lugar a una confluencia de procesos electorales en los que problemas de los más diversos ámbitos de decisión se agolpan en tumulto, haciendo difícil separar debates, cada uno de los cuales merecería suficiente sosiego para elegir bien el rumbo a tomar. La mezcla de problemas locales, regionales, nacionales y europeos se presta mal a un discernimiento en profundidad en tan poco tiempo, tanto más cuanto hay materias complejas de graves consecuencias que escapan a una mirada superficial. Cada cosa necesita su tiempo, así que la situación invita, más bien, a tratar todo junto desde una perspectiva general.

Si la confusión es grande desde el punto de vista de las materias en discusión, no lo es menos para la conciencia de los electores, cada vez más atónita ante las personalidades y las conductas de los elegibles, que suscitan más perplejidad y desilusión que confianza. Una confianza que se resiente cuando se no acredita suficientemente la solvencia técnica y la excelencia ética que debe exigirse a los dirigentes políticos.

Todo ello trae como consecuencia última la insatisfacción y la indecisión del elector, que, ante una situación confusa, intuye que su voluntad expresada será utilizada en un sentido que contribuirá a conformar políticas contrarias a las que deseaba impulsar. Si la ética le aconsejaba votar en conciencia, ahora teme que ese voto en conciencia sea manipulado y su voluntad burlada. Votar por principios, por convicción, se hace difícil cuando las ofertas electorales no son propuestas que se adapten a una deliberación y decisión según criterios puramente éticos. Más aún cuando un conjunto de propuestas se ofrecen sin posibilidad de aceptar unas y rechazar otras. Al final nos parece que la urna es una caja negra en la que los votos introducidos, del color que sean, se transformarán en políticas fuera del control de los electores, que sólo disponen de una oportunidad cuatro años más tarde para descargar su frustración, posiblemente de manera otra vez inútil.

Siendo prácticamente imposible la coincidencia de las convicciones de los electores con los idearios de los elegibles, la orientación giraría hacia un cálculo de las consecuencias previsibles, asumiendo el riesgo de adoptar una estrategia que procure alcanzar los fines más deseables, quizá con cierto sentido pragmático. Esto significa renunciar a una pureza imposible, pero no a la responsabilidad de evitar al máximo los males y tratar de conseguir siquiera un mínimo de bienes.

LUIS FERREIRO
Director de *Acontecimiento*

En todo caso, sea por convicción o por responsabilidad —que no están necesariamente reñidas—, lo que se le plantea al elector es una cuestión de conciencia: abstenerse, votar en blanco, nulo, votar a este o aquel partido... sea cual sea la decisión no hay escapatoria: tengo que responder ante mi conciencia. Y esto nos obliga a tomar en serio asuntos que tal vez teníamos que habernos preocupado con más asiduidad sin esperar a unos comicios.

Por eso, ante este conjunto de elecciones, muchos de nosotros hemos querido reflexionar con urgencia sobre lo que se dirime o sobre lo que no se quiere tocar en la política. Para ello, tratamos a continuación los siguientes aspectos:

1. algunas premisas generales, actitudes básicas y fallos de la política como servicio al bien común;
2. carencias, dificultades y posibilidades del sistema político actual;
3. frentes esenciales en disputa, donde tenemos asuntos candentes como la organización territorial, la desigualdad y la justicia social, la inmigración, el medio ambiente, la integración europea, las políticas vitales como las intervenciones sobre las discapacidades, el nacimiento y la muerte, etc.;
4. las mejoras necesarias y posibles del sistema político;
5. y otras aportaciones libres.

Con ello no aspiramos a resolver los problemas planteados, pero sí queremos invitar a iniciar una reflexión continuada y compartida, con la convicción de que muchos de ellos pueden resolverse de una manera aceptable democráticamente, en otros se puede avanzar aunque no se consiga una solución satisfactoria para todos, mientras que en otros tal vez sólo se pueda alcanzar un compromiso en el que quede asegurado, al menos, el respeto mutuo.

La política es una ocupación digna, por mucho que algunos políticos —posiblemente una minoría— se empeñen en degradarla. Por eso nuestra preocupación fundamental es salvarla de la condenación que muchos están tentados a declarar a la vista de cierta tendencia a un envilecimiento, al menos aparente, que se destaca demasiado con escándalo para todos.

Tal vez si todos nos comprometiéramos más y más seriamente conseguiríamos dignificar la política gracias al imperio de la honestidad y de la justicia. 